

## El mal, la conciencia de todo y la negación de la nada

Por: Allan Crhistian Covarrubias Martiñón.  
UIA.

“El bien y el mal se hallan en lo concreto,  
y el real ideal, el verdadero ideal es la potencialidad de lo concreto.”  
B. Lonergan, *Topics in Education*, 95.

### La conciencia de no serlo todo

Georges Bataille advierte sin ambages que el hombre sólo dispone de dos certezas: la conciencia de no serlo todo y la muerte<sup>1</sup>. La conciencia de no serlo todo sin embargo, implica una angustia casi imposible de soportar que deviene en la necesidad implacable de sofocarla a toda costa. Así, el hombre intenta apoderarse *del todo* para fundirse con él en un extraño anhelo ilusorio de inmortalidad que se traduce en *el trapicheo, la poesía, la moral, el esnobismo, el heroísmo, la religión, la rebelión, la vanidad, el dinero o el conocimiento mismo*.<sup>1</sup>

En esta línea, una de las apuestas metafísicas ha optado por definir al *bien* como un concepto abstracto. Una nueva versión de totalidad metafísica se asoma como una pretensión universal que intenta sustraer cualquier consideración particular en un concepto que parece ser todo y nada a la vez. Todo, porque se extiende a todo ser posible; nada, porque no queda muy clara su comprensión: ¿qué notas características son buenas y cuáles no? ¿qué es lo “bueno” en el andamiaje de la estructuración del ser? ¿cómo se percibe? ¿cómo se distingue entre otras características ónticas? Al respecto, Lonergan anota:

“El bien no es una noción abstracta. Es comprensivo. Incluye todo. Cuando uno habla del bien, no se refiere a algún aspecto de las cosas, como si el resto de su realidad fuera malo. El bien es una noción absolutaente universal, que se aplica a todo lo que existe; y al mismo tiempo es totalmente concreta.”<sup>2</sup>

El conocimiento metafísico, en su intención de totalidad abstracta ha renunciado en muchos momentos históricos a la concretez del ser. Esta pretensión arbitraria omniabarcante, denunciada por Bataille, ha sido confundida, en algunos momentos, con la noción de abstracción que supone una desmaterialización, en una apuesta muy próxima al idealismo sintético que ha quitado de en medio la caducidad y la temporalidad corruptora del ser-ahí. Es así que el miedo a la muerte, por el que se evita enfrentar a su nada vertiginosa, se ha reflejado en una ciencia demasiado optimista, incapaz de advertir abiertamente la presencia metafísica del mal como componente estructural en la concreción del ser. Sobre esto, volveremos más adelante.

---

<sup>1</sup> Georges Bataille, *La oscuridad miente*, 48.

<sup>2</sup> Bernard Lonergan, *Filosofía de la Educación*, 53

Ahora bien, Lonergan advierte sin ambages en varios escritos que el bien es “algo concreto”. Actualmente es lo que “está siendo” como algo existente. Es, por tanto, un concepto absolutamente comprensivo: toda concreción es buena. Por otro lado, la abstracción metafísica de tintes idealistas que depura las notas características concretas del existente fáctico condensa el conocimiento en una especie de utopía inalcanzable e inenarrable: es un optimismo craso, cercano al platonismo que contiene cierto sabor univocista. A esto, Lonergan le denomina “ideal inexistente”. Y es que la nota dramática de todo esto, es que tal condensación deductivista tiende a reducir las posibilidades reales del desarrollo del ser concreto, pues ha apostado por un ser adveniente que poco o nada tiene que ver con el ser actual: el bien es lo que se persigue, lo deseado; pero, en el caso del “ideal inexistente”, no es realmente asequible ni deseable. Funge más bien como el mal definitivo, pues entraña imposibilidad real: el universal desentrañado de la concreción del ser es el mal.

Para Lonergan, el bien concreto entraña a un ideal que está encarnado en la misma concreción. En este tenor, el despliegue de la racionalidad que tiende a la totalidad, quizás, debe evitar el riesgo de asumir la desesperación por condensar inmediatamente las categorías en conceptos irreales o inflacionales. Al respecto, afirma: “El ideal es relevante para el bien en la medida que el bien existente está incompleto y se halla en proceso de completarse. El bien no es una utopía. El bien es lo concreto, y el ideal es la siguiente etapa en el desarrollo de lo concreto”.<sup>3</sup> Podemos advertir así el acento marcado sobre el criterio empírico como punto de partida metodológico: Lonergan no se suscribe a la larga tradición deformada del tomismo que purgaba justamente a lo empírico como criterio metodológico; antes bien, se suscribe a la misma tradición empírica que se conjuga con una racionalidad que hace depender su “abstracción” necesariamente con lo concreto.

Ahora bien, volviendo a Georges Bataille, tenemos la propuesta de renunciar al afán totalitario del conocimiento. Para hacerlo posible, se recurre también a la vía empírica, en lo que denomina *experiencia interior*. Ésta requiere la desnudez de la conciencia sin matices ni representaciones; en ella se ha de aniquilar cualquier tipo de narcótico de corte racionalista proveniente de aquel afán totalitario que intenta mediatizar cualquier forma de supresión de la *angustia* y *el éxtasis* ante la muerte. Pues el conocimiento y la consecución del bien como proyecto inacabado, ideal y utópico es una senda de autoengaño que debe ceder su lugar a la posibilidad de sufrimiento causado por la “pérdida del ser”. Habrá que evitarse, pues, la hipocresía interior que realmente ignora lo desconocido en su intento de sofocar la inminente realidad de la muerte con su aparente “nada” contradictoria.

Al asumir la vacuidad ignota de la experiencia interior no se apacigua la intención de conocer o perseguir el bien. Mientras que Bataille afirma la necesidad de una renuncia total al poder de la intencionalidad a fin de concentrarse en la experiencia desnuda, Lonergan apela al “deseo desasido, desinteresado e irrestricto por conocer” como factor ponderante del acceso al ser. Sin embargo, tanto el deseo puro como la experiencia interior tienen como condición previa en su haber, el desasimiento y la impredecibilidad por los que, de otro modo se cercaría o condicionaría la expresión del ser posible, o, mejor dicho, del bien “deseable”. Tanto la experiencia interior como el deseo puro de conocer son precedidos por el derroche de todos sus cúmulos que no significan ya sino la antesala del vacío en el que somos y nos

---

<sup>3</sup> Ibid. 55.

movemos: Bataille apela a la experiencia desnuda, Lonergan, concede cierto margen de posibilidad razonable para definir al ser por venir; sin embargo, en ambos casos se contempla la posibilidad de lo desconocido como desconocido, incluso, la imposibilidad actual con respecto a aquello que desborda actualmente en el misterio y que es inaprehensible. A este vacío ignoto se le ha denominado en varias ocasiones: el mal.<sup>4</sup>

Ahora bien, la intencionalidad del sujeto, siempre volcada hacia el infinito, vuelve sus ojos, casi contradictoriamente, hacia lo posible, es decir, a aquello que es propio del hombre que se sabe incapaz de la totalidad, del hombre que es capaz de *reunir valor y decirse*: ‘*me avergüenzo de haber querido serlo todo, pues, ahora lo veo, eso era dormir*.’<sup>3</sup> Aquí Bataille realiza una inversión del sueño dogmático en el sentido real del término, pues el individuo había sido narcotizado con opios idealistas por los que no daba cuenta de su limitación esencial igual de desbordante que aquella infinitud pretendida. Ahora bien, cuando cae en la cuenta de esto, el sujeto se experimenta simplemente como imposibilitado de “serlo todo”.

### **El proyecto inacabable**

Para Lonergan, “el bien no se halla separado del mal. Es algo que brota de entre el mal, que triunfa sobre el mal”.<sup>5</sup> Tal brote es continuo, por lo tanto, es dinámico. Esto nos deja ver, por una parte, que el bien es, al menos, actualmente inacabable e inacabado. Aquí radica la finitud del ser, y por tanto, la posibilidad de la crítica, pues así como el bien es aquello deseable para constituir al *ente*, contiene implícitamente una vacuidad no cubierta, ceñida a lo desconocido. Sin embargo, Lonergan acota la vacuidad ilimitada del “no ser” desconocido a partir de su idea de libertad. Al respecto, afirma:

“La posibilidad de reconocer que el ser no es bueno en todos sus aspectos, la posibilidad de criticarlo es la base de la libertad humana (...) la posibilidad de hallar defectos, o de ver que algo no es perfecto en todos sus aspectos, es la base de la libertad.”<sup>6</sup>

La libertad es un constitutivo creativo del espíritu humano. Por medio de ella es posible relacionar las “cosas, unas con otras”, a fin de lograr una mayor expresión del bien posible tras una deseabilidad que se proyecta a partir de lo dado. Para Lonergan, este despliegue de elecciones libres sobre el ser posible constituye, paradójicamente “el destino eterno del hombre”. Es un proceso acumulativo por el que se capta lo que es inteligible, razonable, responsable y transformable. De hecho, a partir de su noción de bien, desplegada en el horizonte de la historia, se puede calificar el desarrollo de una civilización por medio de la aplicación del método trascendental.<sup>7</sup> Esta libertad implica un conocimiento, al menos aproximado, de los bienes elegibles, deseables y asequibles. Tal posibilidad devuelve el valor programático al conocimiento que, con base en aquello que es experimentado, entendido y

---

<sup>4</sup> Lonergan apela a la noción aristotélica para advertir al mal como una ausencia, pero dicha ausencia puede entrañar a una posibilidad intrínseca en la actualidad de “lo bueno” que realmente está por venir y que expresa el existente concreto, según el adagio: *bonum et malum sunt in rebus*.

<sup>5</sup> Bernard Lonergan, *Filosofía de la Educación*, 56.

<sup>6</sup> Bernard Lonergan, *Filosofía de la Educación*, 158.

<sup>7</sup> Añadir la prueba histórica.

afirmado convenientemente, puede predecirse de cierto modo a través de cualquier planteamiento hipotético por el cual se formula una decisión responsable.

El universo de lo desconocido, con la desnudez experiencial, permanece abierto a la posibilidad como un riesgo factible, pero condicionado (mas no determinado) por los márgenes de la libertad. El bien asequible se manifiesta entonces en una relación intrínseca según tres categorías: “El bien particular, como aquello que todas las cosas buscan; el bien de orden que es una estructura o función configurada por el flujo de los bienes particulares en la estructura social o institucional.”<sup>8</sup> Todos ellos contienen un margen de “inacabamiento” por el que se estipula la crítica constante como un factor plausible, pues, de otro modo, cualquier deseabilidad enclaustrada en sus paradigmas o cualquier ordenamiento estructural viciado por la recurrencia cerrada de sus métodos anularía la dinamicidad permanente por la que el bien continua emergiendo hacia la posibilidad real del “haber” condicionado por el conocimiento y la espontaneidad emergente de lo imprevisto o desconocido.<sup>9</sup> Ahora bien, el mal continúa latente como ausencia de perfección que pronto se desentrañará si la dinámica del conocimiento y la prosecución del bien deseable no se ve interrumpida por sesgos en la estructura del conocimiento detallada ampliamente en el método trascendental lonerganeano, o bien, por la prevalencia del temor ante lo desconocido codificado como un mal evitable a toda costa.

Al respecto, Jean Nabert realiza un acertado ejemplo de lo anterior a través del análisis detallado sobre la posibilidad del mal entrañada en el enclaustramiento de “un bien de orden”: el de la ley. Así, cuando ésta se ciñe a sus paradigmas sin atender a la posibilidad de nuevas experiencias históricas, sociales, religiosas o políticas, el mal hace gala de su ausencia al no integrarse tales expresiones alternativas en un código legislativo, que, *de facto*, se encuentra rigurosamente establecido. Se tiende entonces a desaparecer la “emergencia” del bien, dado por nuevos despliegues de experiencias, intelecciones o razonamientos, acentuando la imposibilidad de integrarlos a “la unidad sistemática” de dicha ley. Al respecto, el mismo Nabert afirma:

Como las funciones de la conciencia se reparten la tarea de una justificación que las estimula y contraría por las resistencias que encuentran; como lo específico de las normas fundamentales de las que cada función hace uso en su dominio propio les impide remitirse una a otra la tarea de coordinar lo que se les escapa o parece resistir a su autoridad, el mal debe plegarse a esta división, repartirse entre estas funciones, corresponder a las normas que le son inmanentes.<sup>10</sup>

El mal se asume como un estancamiento en el proceso de emergencia del bien. Esto es posible, por un lado, debido a un escepticismo fundamental que se niega al despliegue del ser aprehensible y afirmable; o bien, por un idealismo fundamental que no acepta la posibilidad del “no ser”, pues solo se afirma que “el ser es lo que hay”. En ambas versiones

---

<sup>8</sup> Bernard Lonergan, *Filosofía de la Educación*, 66.

<sup>9</sup> Lo desconocido como desconocido implica, en la temática lonerganeana, la apertura del deseo desasido, desinteresado e irrestricto por conocer supeditado, por un lado, a lo conocido como conocido y, por el otro, al universo de lo desconocido como desconocido. Véase: Bernard Lonergan, *Insight. Un estudio sobre la comprensión humana*, p. 635.

<sup>10</sup> Jean Nabert, *Ensayo sobre el mal*, p. 18.

radicales, la imposibilidad de emergencia del bien resulta ser el paradigma metafísico y contrametodológico que impone a la ausencia como única alternativa: sistemas irrebasables, orientaciones intelectivas o volitivas determinadas incapaces de superar sus “eternos retornos” de lo mismo. El mal se asume como parte de una estructura irrebasable a la que hay que acotarse si se quiere sobrevivir. La individualidad libre y creativa cede entonces su espacio a la sumisión tecnificada y estandarizada dictada desde las minorías que monopolizan y reducen el desarrollo. Al respecto, Lonergan anota:

¿Quién está conduciendo todo? La posibilidad tecnológica concreta. No hay lugar para la decisión personal, la realización personal, el gusto personal, la significatividad personal. Éste es un caso del determinismo económico resultante de la ausencia de individuos que conozcan sus propias mentes y vivan sus propias vidas. En otras palabras, el determinismo económico, afirmado por Marx como algo necesario, es un error; pero hay un determinismo económico como resultado de gente que no tienen mente propia, que no insiste en que la inteligencia, la razón y la libre elección humanas son los determinantes últimos de lo que haya de ser la vida humana. Si eso va a la quiebra, entonces la vida humana y la sociedad humana se hacen mecánicas.<sup>11</sup>

La ceguera ante la serie posible de alternativas que implicarían el despliegue del bien particular o de orden puede ser inducida. Se da por la interrupción de la conciencia libre, racional y responsable. Lonergan admite la idea de la existencia de “ingenieros sociales” que programan el acotamiento de la conciencia de manera inducida para programar a las masas a fin de aceptar o rechazar bienes o males establecidos. En este sentido, acentúa la idea de pecado, como un componente en el proceso social opuesto al desarrollo civilizatorio. Dicho pecado se encuentra anclado, sobretodo, en el bien de orden, pues generalmente opera como un sesgo inducido por parte de “minorías” a fin de que las masas acoten los márgenes de elección del bien, acrecentando las conveniencias o los monopolios de tales minorías.

### **La liberación de la estandarización reductiva del bien**

Para enfrentarse a la posibilidad del mal asumido inconscientemente, ya sea por los mecanismos de enajenación programada, o bien, por las omisiones culpables del libre despliegue de la estructura cognoscitiva, Lonergan propone el ejercicio de autoapropiación. Esta se refiere a la aprehensión de la actividad cognoscitiva, es decir, de aquello que siempre ejecutamos cuando conocemos habitualmente.<sup>12</sup> Para lograr dicha autoapropiación será necesario duplicar, como bien sabemos, la estructura del conocimiento para lograr una descripción empírica de las actividades del conocimiento. Esta autoapropiación supone la posibilidad de hacernos presentes a nosotros mismos mientras operamos habitualmente conociendo. Para lograrlo, será necesario: experimentar lo que es experimentar, entender y juzgar. Entender lo que se ha experimentado cuando se experimenta, se entiende y se juzga. Finalmente, juzgar si lo que se ha entendido es verdadero.

---

<sup>11</sup> Bernard Lonergan, *Filosofía de la Educación*, p. 75.

<sup>12</sup> Al respecto, Lonergan afirma: “El autoconocimiento refiere una objetivación de sí mismo, y antes de que el ser humano pueda contemplar su propia naturaleza en conceptos precisos pero muy difíciles, tiene que traer las virtualidades de esa naturaleza a la luz del día.” Bernard Lonergan, *Método en Teología*, p. 9.

El seguimiento puntual de estas actividades se establece en un esquema recurrente de tales operaciones que funge como un modelo invariable para aprehender sistemáticamente el universo del ser proporcional a las condiciones actuales de conocimiento, y con ello, para enfocar la deseabilidad del bien asequible. Todo ello implica una labor crítica que corresponde con el ejercicio constante de la autoapropiación encarando los paradigmas circulares enquistados en las tendencias electivas y volitivas particulares, en las dinámicas familiares, en los sistemas sociales, y en todo aquello que debería permitir la emergencia del bien. Así, cuando el mal se ha asumido como parte de la dinámica humana existe la esperanza de promover esquemas de desarrollo y de reversión del mal permitiendo la libre emergencia del bien, siendo conscientes de la inmensa gama de posibilidades dada por el conocimiento, y por la infinita gama de posibilidades del universo desconocido.

### **Bibliografía**

- Lonergan, Bernard, *Insight: Un estudio sobre la comprensión humana*, Tr. Francisco Quijano, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 1999.
- Lonergan, Bernard, *Método en Teología*, Tr. Gerardo Tremolina, Salamanca: Sígueme, 2001.
- Lonergan, Bernard, *Topics in Education. The Cincinnati Lectures of 1959 on the Philosophy of Education*. Collected Works of Bernard Lonergan. Robert M Doran y Frederick E. Crowe (eds.), Toronto: University of Toronto Press, 1993.
- Bataille, G., *La experiencia interior*, Tr. Felipe Orochetena, Taurus: Madrid, 1973.
- Bataille, G., *La oscuridad no miente*, Tr. Felipe Orochetena, Taurus: México, 2001.
- Nabert, Jean, *Ensayo sobre el mal*, Tr. José Demetrio Jiménez, Madrid: Caparrós Editores, 2002.